



Universidad
Nacional
de Rosario

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Título: “Fundamentos del cuerpo en psicoanálisis: un trayecto hacia el síntoma”

Modalidad de presentación: Ensayo

Autor: Reartes, Manuel

Legajo: R-5487/9

Docente responsable: Faccendini, Jorge

Agradecimientos

A Cristian y Silvina, pa y ma, por ayudarme con mucho cariño a transitar mi deseo. Un sostén fundamental.

A mis hermanos y hermana: teo, maxi y peca, porque estamos siempre unidos. Pilares de mi vida.

A mi familia de Córdoba, porque aunque no nos podamos ver tan seguido, los siento siempre cerca.

A mis amigos, sin ustedes la facultad no hubiese tenido sentido. Gracias por regalarme tan lindos momentos.

A Bian, por la alegría de caminar juntos el último tramo de la carrera. Gracias por tu hermosa compañía.

A Jorge Faccendini, por el cálido seguimiento en la escritura y por la increíble disposición. Además, porque aprendo de Psicoanálisis en la cátedra que compartimos.

A Juan Cammardella, por las devoluciones que hicieron posible el trabajo. Por estar en los detalles.

Índice

Agradecimientos.....	2
Índice	3
Resumen y palabras claves.....	4
Introducción	5
Desarrollo	6
El cuerpo freudiano.....	6
El cuerpo lacaniano	10
Sobre una sexualidad a la deriva: “La <i>angustia</i> , puerta de entrada”	15
Sobre una metáfora de la sexualidad : “El <i>síntoma</i> : puerta de salida”	18
Conclusión	20
Bibliografía.....	22

Resumen

El presente ensayo parte de la interrogación por el compromiso del cuerpo en algunos “fenómenos actuales” tales como “ataques de pánico”, “cuadros de ansiedad” y “fenómenos psicosomáticos”. Para propiciar una lectura clínica de lo que sucede en estos casos, nos vemos con la tarea de desentrañar posibles argumentaciones conceptuales que fundamentan al cuerpo en la práctica del psicoanálisis. Allí partimos de Freud, que con su posición ante el saber y el sufrimiento de la histeria, es capaz de mostrar las incidencias de la sexualidad y el inconsciente sobre el cuerpo. Luego, pasando por algunas precisiones aportadas por Lacan, arribamos a la diferencia entre lo que puede entenderse como síntoma o como angustia, destacando la necesidad del primero como posibilidad de un análisis. Los “fenómenos actuales”, nombres de una angustia que un analista tiene que considerar, nos muestran entonces la vigencia de estas teorizaciones que, asumidas desde una posición ética, abren las puertas a la construcción de un síntoma que devenga analizable.

Palabras clave

Cuerpo - Síntoma - Sexualidad - Inconsciente

Introducción

Freud inaugura el campo del psicoanálisis debido a que posibilita un lugar –transferencial- para el decir de un malestar que era ignorado por el campo médico. Son los llamados síntomas histéricos, asociados al cuerpo, los que alertan a Freud sobre la hipótesis del inconsciente. Esto mismo recuerda en “Inhibición, síntoma y angustia” (2018), luego de tres décadas de trabajo, cuando señala que es en la histeria donde se juegan las primeras experiencias entre represión y formación de síntomas.

El “cuerpo” pasa a ser un gran interrogante para Freud, porque descubre que puede ser el terreno que aloje a un malestar de índole psíquico; inconsciente. En el mismo texto, Freud (2018) plantea que “en verdad no sabemos decir mucho acerca de tales síntomas” (p.106) y que por tanto “no alcanzamos a colegir a qué se debe la particular opacidad de la formación de síntoma en la histeria” (p.107). Podemos suponer que dicha opacidad está dada porque en su expresión fenoménica una parte del cuerpo se encuentra afectada y no hay una lesión orgánica que dé cuenta de ello. Entonces, estos síntomas muestran que el cuerpo no puede reducirse sólo a su nivel orgánico y que más bien sería pertinente referirse, tal como Freud llamó al escenario del sueño -la “otra escena”-, a “otro cuerpo” que no se rige por las leyes de la anatomía.

Actualmente se presentan algunos fenómenos que conciernen al cuerpo y que, tal como en la época de Freud, el saber proveniente del campo médico no puede establecer allí una afección ligada a lo orgánico; son agrupados dentro de los llamados “cuadros de ansiedad”, “ataques de pánico”, “fenómenos psicosomáticos”, que si bien pueden tener sus diferencias y especificidades, tienen en común el compromiso del cuerpo en un malestar que está más allá de la dimensión orgánica.

En definitiva, Freud teoriza que los síntomas que conciernen al cuerpo de la histeria son el retorno de una moción sexual reprimida, ligada a la historia singular de ese padecimiento. Pero entonces, ¿cabría incluir a estos fenómenos actuales dentro de la histeria?

Desde una perspectiva histórica, Lacan (1967) propone que la sexualidad ocupa otro lugar que en la época de Freud, pero que aun así sigue siendo algo que “no funciona” y que por lo tanto, se podría deducir, sigue ligada a la producción de síntomas. En efecto, no sería arriesgado decir que todo síntoma, tanto para el psicoanálisis freudiano, como lacaniano, tiene su parte sexual.

Recapitulando, las presentaciones actuales traslucen las viejas, pero no caducas, opacidades entre el cuerpo y el síntoma freudiano. El presente trabajo pretende tomar en consideración estos fenómenos actuales para advertir que es el cuerpo como terreno sexual del síntoma lo que fundamenta y posibilita un trabajo analítico con estas problemáticas.

Desarrollo

I. El cuerpo freudiano

“A dónde se han ido las histéricas de antaño, esas mujeres maravillosas, las Anna O., las Dora...”
todas esas mujeres que son hoy las figuras
matrices de nuestro psicoanálisis? (Nasio, 1991)

El cuerpo ha sido y es objeto de indagación por parte de distintos discursos: medicina, psicología, derecho, etc. Tal como Foucault (2002) menciona, “el cuerpo está también directamente inmerso en un campo político; las relaciones de poder operan sobre él como una presa inmediata; lo cercan, lo marcan (...), exigen de él unos signos” (p.32).

Dicha consideración foucaultiana abre la vía al presente desarrollo para situar que se trata en todos los casos de operaciones discursivas que tienen como efecto instaurar modos de lectura en torno al “cuerpo”, lo que permite de esa manera maniobrar e intervenir según sean las herramientas que cierto discurso disponga. Son lecturas que instauran lo que podrá ser leído; en este caso, la lectura de Freud en concordancia con su posición ética, inaugura lo que aquí llamaremos “el cuerpo freudiano”.

Existe un cuerpo que todos conocemos: el cuerpo biológico; producido por el discurso de las ciencias médicas, es aquel que se rige por parámetros físico-químicos y mecanismos de autorregulación (Leibson, 2018). Este discurso, que comporta gran importancia a lo largo de la historia y en la actualidad dado sus avances en materia de salud (OMS, 2020), es un saber -como todo saber- que tiene sus límites, siendo estos verificados en el desconcierto que provoca el desconocimiento de una causa orgánica en los fenómenos que son de nuestro interés, a saber, los “psicosomáticos”, “ataques de ansiedad”, “ataques de pánico”.

El psicoanálisis nada tiene que hacer en el campo de la medicina, no tiene injerencia alguna sobre lo que se rige siguiendo mecanismos orgánicos. Aún así, siendo el psicoanálisis una “praxis” (Lacan, 2017), que tiene como medio la palabra, no es ajeno a lo que pueda sucederle al cuerpo. Conviene entonces adentrarnos en ese cuerpo.

En el año 1886 Freud se instala en Viena, donde tiene que informar a la Sociedad de Medicina lo que había aprendido junto a Charcot. Freud (2018) comenta en su “Presentación autobiográfica” que no es tomado en serio por ese círculo médico; siendo este rechazo un momento importante que da comienzo a las indagaciones respecto de la histeria prescindiendo de las herramientas que había adquirido en su formación como médico.

En un viaje a Nancy, en 1889, con el propósito de perfeccionar la técnica hipnótica, recoge “fuertes impresiones acerca de la posibilidad de que existieran unos potentes procesos anímicos que, empero, permanecerían ocultos para la conciencia del ser humano” (Freud, 2018, p.17).

En los años posteriores, y con el “paso de la catarsis al psicoanálisis propiamente dicho” (p. 22), se articula fuertemente a esta hipótesis del inconsciente la idea de que “tras los fenómenos de la neurosis no ejercían una acción eficaz excitaciones afectivas cualesquiera, sino regularmente de naturaleza sexual” (p.23).

El cuerpo cumple un rol fundamental en los primeros pasos del psicoanálisis a través de lo ya conocido en ese entonces como “histeria”. Aquello que para el círculo médico es simple simulación -y que por lo tal no es material de investigación-, para Freud comporta valor de verdad; siendo que lo que se presenta como síntoma se enlaza a escenas separadas de la consciencia cuyo contenido es sexual (Nasio, 1991).

Es entonces a destacar que el cuerpo como terreno del síntoma histérico es instaurado por la lectura que Freud realiza de lo que se presenta, lectura que es posibilitada por la incipiente articulación del síntoma con el inconsciente y la sexualidad.

Este cuerpo freudiano, que se produce en el corte establecido con el cuerpo de la medicina, es el cuerpo con el que el psicoanálisis es capaz de operar.

Para ubicar este corte nos es útil recorrer el trabajo que Freud realiza por encargo de Charcot, publicado en 1893: "Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas". En este texto, Freud (2013) detalla las diferencias en torno de las parálisis que tienen causas orgánicas y las que no: las histéricas. El autor parte del supuesto de que hay una anatomía en concordancia de la cual se ubican una serie de parálisis, las cuales cabe ubicar como orgánicas. A su vez, dado una serie de características enumeradas (las principales: delimitación exacta e intensidad excesiva) las parálisis histéricas no pueden ubicarse según esta anatomía. (Freud, 2013).

Entonces, para Freud (2013) "la histeria se comporta en sus parálisis y otras manifestaciones como si la anatomía no existiera, o como si no tuviera noticia alguna de ella" (p.206). Y un poco más abajo sigue: "La histeria (...) toma los órganos en el sentido vulgar, popular, del nombre que llevan: la pierna es la pierna, hasta la inserción de la cadera; el brazo es la extremidad superior tal como se dibuja en los vestidos" (p.206).

Estas primeras razones nos sirven de fundamento para ubicar este "otro cuerpo" que se sigue a una anatomía vulgar. Ahora bien, ¿a qué hacemos referencia con anatomía vulgar? En este mismo trabajo, para adentrarse en las causas de las lesiones histéricas Freud pide que se le "permita pasar al terreno de la psicología" (pág. 207), dando a entender así que su manera de abordar la problemática no se ubica según las herramientas que podrían tomarse del discurso médico.

Para adentrarnos en el cuerpo freudiano, ese que sigue a una anatomía vulgar y que se diferencia por tanto del cuerpo establecido por la medicina, avanzaremos unos pasos sobre este mismo trabajo que Freud escribe en acuerdo con Charcot. Dirá Freud, una vez estudiadas las diferencias entre las parálisis orgánicas e histéricas, que de lo que se trata en las segundas es de "una alteración de la concepción (representación); de la idea de brazo, por ejemplo" (p.208).

Considerada psicológicamente, la parálisis del brazo consiste en el hecho de que la concepción del brazo no puede entrar en asociación con las otras ideas que constituyen al yo del cual el cuerpo del individuo forma parte importante. La lesión sería entonces la abolición de la accesibilidad asociativa de la concepción del brazo. Este se comporta como si no existiera para el juego de las asociaciones. (Freud, 2013, p.208)

Leemos en esta cita que el cuerpo forma parte de las ideas que constituyen al yo. Por lo cual no sería arriesgado decir que el cuerpo, en Freud, es un cuerpo (tal como el yo) formado por representaciones -Freud utiliza la palabra "concepciones"- de orden conscientes e inconscientes.

La representación de una parte del cuerpo podría presentar una dificultad respecto de las asociaciones del yo consciente -lo que daría lugar a la manifestación histérica- por estar cubierta de un valor afectivo de mayor o menor valencia que las demás, lo cual se produce porque esa representación ha estado inmersa en una relación con un otro significativo que la dejado con determinada carga. El cómico ejemplo que expone Freud en este trabajo es el del súbdito real que no quería lavar su mano porque el rey la había tocado (Freud, 2013). Por lo tanto, si la concepción de la mano está envuelta de gran valor afectivo, será inaccesible al juego de las asociaciones.

Lo que nos interesa destacar es que el cuerpo que de aquí se desprende, es el cuerpo de la representación y que tales representaciones están cargadas de un afecto variable según sea la historia de relaciones de cada individuo.

En este trabajo publicado en 1893, Freud destaca tempranamente que un suceso o impresión psíquica puede proveer a alguna representación un monto de afecto de gran valor, y que "si el individuo no puede o no quiere tramitar el excedente, el recuerdo de esta impresión adquiere la importancia de un trauma y deviene la causa de síntomas permanentes de histeria". (Freud, 2013, p. 209).

Cabría interrogar ese excedente que un suceso o impresión puede dejar al individuo. Basándonos en posteriores teorizaciones de Freud -fundamentalmente “Tres ensayos de teoría sexual”- podríamos darle un carácter estructural por estar el cuerpo desde primerísimos momentos presente en relación a otros significativos. Entonces, ¿cómo entender el excedente? ¿Qué lugar ocupa en el entendimiento del cuerpo como terreno del síntoma?

La idea de Freud es clara: hay un suceso que deja como resultado un excedente de afecto y que enlazado a un recuerdo adquiere el valor de trauma. Vamos a darle una vuelta a esta idea.

En “La etiología de la histeria”, texto publicado en 1896, leemos que Freud (1991) plantea al acontecimiento traumático de índole sexual en la causación de síntomas histéricos. Esos acontecimientos, que son “experiencias sexuales en el cuerpo propio” (p.202), son “una o varias vivencias de experiencia sexual prematura, pertenecientes a la tempranísima niñez” (p.202). Nos percatamos, entonces, de cierta linealidad entre un trauma que estaría ligado a una experiencia sexual prematura y el síntoma proveniente de aquel.

Al respecto, encontramos un paso decisivo cuando, en la “Carta 69”, Freud (2013) le dice a Flies: “ya no creo en mi neurótica” (pág. 301). Entendemos que este mensaje explicita un abandono del modelo explicativo de la causación de las neurosis (Faccendini, 2021), ya que lo que Freud introduce en esa carta es el papel fundamental de la fantasía. Cabe destacar, tal como lo menciona Ritvo (2014), que “no es necesario optar por la teoría de la fantasía o por la teoría del trauma porque, en realidad, el concepto de fantasía viene a ocupar un lugar distinto al de concepto de trauma” (p.53). Lo cual nos permite precisar que no hay un recubrimiento entre trauma y fantasía, sino que la fantasía pasa a ocupar un lugar medio entre trauma -entiéndase aquí cuerpo traumatizado- y síntoma.

Tal idea es continuada en “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis” (2015), donde leemos a las fantasías como “unos intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual” (p.266). A partir de aquí, los síntomas ya no serían un retoño directo de recuerdos reprimidos respecto a vivencias sexuales infantiles, “sino que entre los síntomas y las impresiones infantiles se intercalaban las fantasías (...) casi siempre producidas en los años de pubertad” (p.266). Siguiendo nuestra hipótesis, esa práctica sexual infantil ya habría delimitado el cuerpo pulsional que será luego, por intervención retroactiva de la fantasía, el terreno del síntoma.

Lo que de estas formulaciones se desprende es que no hace falta recurrir a un hecho fáctico para que el cuerpo exponga una faceta sufriente. En este sentido lo traumático es la no tramitación de ese excedente que Freud liga a un encuentro significativo con un otro, y que no es sino el encuentro con la sexualidad, de allí su carácter estructural. Entonces, lo traumático es la sexualidad y buscar fervientemente una causa o un suceso traumático, como haría el sentido común, sería caer en esa vertiente imaginaria en la cual el propio Freud cayó (Ritvo, 2014).

El cuerpo trazado por la sexualidad es el cuerpo pulsional que Freud dibuja fundamentalmente en “Tres ensayos de teoría sexual” (2015). Allí observamos que establece, a la vez que diferencia, la constitución de una pulsión sexual que nace apuntalada en las funciones de conservación del organismo pero que prescinde de tales en su satisfacción. El cuerpo es aquí terreno de la sexualidad que prescinde nuevamente de lo propiamente orgánico, es el cuerpo fragmentado que se construye en y por la sexualidad a través de las distintas zonas que Freud sitúa y que podrán ofrecerse a su vez como zonas pulsionales de fijación para la elaboración del síntoma (Freud, 2015).

Podemos ubicar en “Introducción del Narcisismo” (2000), esa conocida “acción psíquica” (p.74), la cual tiene como efecto constituir el yo y fusionar esas zonas pulsionales en una especie de unidad e ilusión corporal. Esto permite el reconocimiento del cuerpo como propio y como uno. Es allí donde se establecerá, en continuidad con lo

ya explicitado en anteriores trabajos (Freud, 2013) la relación entre el cuerpo y la instancia del yo.

No obstante, “el cuerpo erógeno no coincide del todo con el cuerpo del narcisismo” (Leibson, 2018, p.53), por lo tanto habrá cierto registro que no pasará a formar parte de lo representado del cuerpo para el yo y que se resolverá en sus asociaciones con las fantasías inconscientes y los síntomas.

Según la lectura que hemos realizado, el carácter traumático que afecta al cuerpo remite a traza, travesía (Faccendini, 2021). Lo que nos posibilita decir que el cuerpo freudiano, este “otro cuerpo” respecto del cuerpo biológico, es traumatizado en el sentido de la traza. Es trazado y bordeado por la sexualidad que tiene como resto un excedente que será tramitado en la articulación de las fantasías con los síntomas: allí residirá la posibilidad del trabajo analítico.

II. El cuerpo lacaniano

El cuerpo es un palimpsesto, una superposición de capas de escritura que, en ciertos lugares, se hacen visibles como imagen del cuerpo (Leibson, 2018)

La lectura que Lacan realiza de Freud con sus tres registros plantea ciertas continuidades como rupturas. Observamos que el cuerpo freudiano está tramado por la sexualidad y el inconsciente, ahora bien, ¿se juega de la misma manera para Lacan? Ambos maestros le dieron a la sexualidad el nombre de “pulsión”; no obstante la noción de pulsión que Lacan desarrolla, tal como Eidelsztein (2019) menciona, “se distingue en cierta forma de la de Freud” (p.293). Es por esto que creemos pertinente indagar en torno al cuerpo que se desprende de la enseñanza de Lacan, ya que podemos encontrar algunas líneas que nos sean de orientación para propiciar lecturas clínicas más precisas de los “fenómenos actuales”.

Antes de comenzar con las argumentaciones que darán forma al “Cuerpo lacaniano”, debemos precisar acotadamente lo que entendemos respecto de la relación epistemológica Freud-Lacan, ya que nos serviremos de ella a los fines de nuestro desarrollo.

Suscribimos a la lectura que hace Allouch (1984), cuando dice que “es a título de una sustitución metonímica que hay que marcar la articulación de Lacan con Freud (...) Lacan no es ni un epígono de Freud ni un herético respecto del psicoanálisis” (p.27). A partir de lo cual entendemos que sin necesidad de establecer rígidas continuidades que borren las diferencias, podemos apostar a una lectura articulada y flexible que, sin perder rigurosidad conceptual, nos permita de forma provechosa dar cuenta de la idea que orienta nuestro recorrido.

Para dar con la especificidad del “Cuerpo lacaniano” es pertinente hacer algunas precisiones respecto de esa traza que asociamos en Freud a lo traumático de la sexualidad.

Freud distingue a la pulsión del estímulo biológico. Observamos en “Pulsiones y destinos de pulsión” (2000) que “el estímulo pulsional no proviene del mundo exterior, sino del interior del organismo” (p. 114), siendo por tanto “el representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo” (p.117). Siguiendo este razonamiento, no queda del todo claro por dónde pasa el corte entre el cuerpo pulsional y el cuerpo biológico.

Habiendo ya explicitado los fundamentos del “Cuerpo freudiano”, se nos vuelve necesario situar el corte que Lacan establece con el organismo. Para esto partiremos del análisis de una de sus premisas fundamentales: en el origen se encuentra el lenguaje (Lacan, 2006).

Un escrito que nos será de utilidad para reflexionar en torno de este corte que pretendemos establecer es “La significación del falo” (2008), donde Lacan desarrolla la dialéctica de la necesidad, que ponemos como sinónimo de lo biológico, la demanda y el deseo. Allí sitúa que en el individuo:

Sus necesidades están sujetas a la demanda, retornan a él alienadas. Esto no es el efecto de su dependencia real (...) sino de la conformación significativa como tal y del hecho de que su mensaje es emitido desde el lugar del Otro (Lacan, 2008, p.657)

En nuestra lectura nos interesa ubicar que lo biológico del cuerpo es un dato extraviado desde el inicio. Tomando la referencia de Lacan, podemos decir que esto se

da porque lo que primero se presenta, lógicamente, es el lugar del Otro de donde proviene ya alienada esa necesidad en forma de demanda. Lo cual nos lleva a preguntarnos, quizás irónicamente, tal cómo Lacan lo hace: “¿Pertenece la pulsión al registro de lo orgánico? (Lacan, 2017, p. 169)

“No sólo creo que no es así, sino también que un análisis detenido de la elaboración que hace Freud de la noción de pulsión demuestra lo contrario” (Lacan, 2017, p. 69). Lo que entonces queremos decir es que si algo tan “primario” como la “necesidad” ya es un retorno desde el Otro, quizás debiera ubicarse a la pulsión también viniendo desde el Otro y no del organismo. Lo que nos permite, recogiendo la importancia del lenguaje, darle a la pulsión y por tanto al cuerpo, un estatuto discursivo.

En efecto, para examinar el *Trieb* ¿se refiere Freud a algo cuya instancia se ejerce en el organismo como totalidad? ¿Se trata de una irrupción de lo real en su estado de conjunto? ¿Está en este caso involucrado el ser viviente? No. (Lacan, 2017, p. 171)

Recogiendo el legado freudiano, en el Seminario XI “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis” (2017), Lacan revisa los cuatro términos de la pulsión. Luego de esa revisión observamos que concluye en que “la pulsión es un montaje” (p.176), que no es ordenado sino más bien que se asemeja a un collage surrealista. Entonces, “la pulsión, justamente, es el montaje a través del cual la sexualidad participa en la vida psíquica, y de una manera que tiene que conformarse con la estructura de hiancia característica del inconsciente” (p.183)

Si bien Lacan sitúa que el montaje no es ordenado, no podríamos asegurar que no siga en su armado algún orden, que sea singular de cada sujeto. ¿No es la relación con los Otros, esa que parte de la demanda, la que provee de escenas en donde la sexualidad viene a entramarse?

Si Freud insistió tanto en el complejo de Edipo que llegó hasta construir una sociología de tótems y tabúes, es, manifiestamente, porque la Ley está ahí *ab origine* (...) La ley está ahí justamente desde el inicio, desde siempre, y la sexualidad humana debe realizarse a través de ella. (Lacan, 2017, p.121)

Cuando hablamos de “escenas” hablamos de una relación tanto simbólica como imaginaria que se instaura en relación a otros. El cuerpo se confecciona en las diferentes escenas que aportan un marco para la sexualidad. Se abre de esta manera una vía para situar al cuerpo como “una superficie donde se inscriben las marcas de su historia con ese Otro (...) Como un lugar de escritura, una superficie de escritura” (Leibson, 2018, pág.76)

No debemos desentendernos de la idea de que “la sexualidad sólo concierne al psicoanálisis en la medida en que se manifiesta, en forma de pulsión, en el desfiladero del significante” (Lacan, 2017, p. 274), ya que si habría una sexualidad que prescindiera del significante, no habría forma de justificar un trabajo posible desde el psicoanálisis que incluya al cuerpo en alguna forma de sufrimiento. Siendo entonces necesario, “para toda articulación del fenómeno analítico, la noción de significante” (Lacan, 2008, p. 656)

A partir de estas hilaciones se desprende que el cuerpo, como terreno sexual, se constituye en su dependencia del significante que, tal como mencionamos, se presenta enmarcando las escenas en donde se estructura y sostiene la sexualidad.

La gran novedad que leemos en la enseñanza de Lacan es que “el lenguaje forcluye la proporción y nos condena a un devenir pulsional” (Peusner, 2019, p. 11). En ese devenir pulsional, que podemos ubicar como “efecto de lo discursivo” (Faccendini, 2018, p. 12), nos encontraremos entonces con esta desproporción que intentará ser remediada o velada por distintas vías.

A partir de aquí se abren dos caminos que serían pertinentes abordar. En primer lugar: la constitución del yo, vía la unificación de las trazas pulsionales en un “uno” que haga cuerpo. Por otra parte, la persistencia de las marcas que producen esas trazas,

serán la vía regia para la configuración de un síntoma siempre y cuando haya un dispositivo que posibilite leerlas.

Intentaremos ahora ahondar en algunas articulaciones que den cuenta de la primera vía situada: la construcción del cuerpo en relación al yo- imaginario, dónde advertimos que también interviene el registro de lo simbólico.

A partir de la lectura de “Introducción del Narcisismo”, Lacan escribe el célebre texto “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (2009). Aquí dilucida la operación de identificación con una imagen -dentro de una matriz simbólica- que el sujeto asume jubilosamente como propia y que tiene como efecto tanto la formación del yo como la percepción del cuerpo como una totalidad. Esta operación Lacan la califica como un drama ya que esa unificación que proviene de la imagen se tensiona justamente sobre lo fragmentado del cuerpo proveniente de su estatuto signifiante.

Esta misma idea, pero ya ordenada con sus tres registros, formula en el marco del Seminario I *Los escritos técnicos de Freud* (1995). Allí leemos un primer narcisismo en relación a la imagen, que es del cual los animales disponen para ordenar sus vínculos prescindiendo de la palabra. Luego observamos un segundo narcisismo que es el propiamente humano, aquél introducido por lo que Lacan llama el reflejo de la imagen en el espejo plano -el cual representa a lo simbólico-. Es decir, que tanto la relación con el cuerpo propio como con los objetos no será sin la participación del otro -simbólico- en relación a una imagen. (Lacan, 1995)

La misma línea sobre la relación del cuerpo con el yo y el narcisismo encontramos en el Seminario II *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (2020), cuando observamos que: “la estructuración imaginaria del yo se efectúa alrededor de la imagen especular del cuerpo propio, de la imagen del otro” (p. 147). Asimismo, en El Seminario III *Las Psicosis* (2017) encontramos que “lo imaginario es sin duda guía de vida para todo el campo animal. Si la imagen juega también un papel capital en el campo que es el nuestro es un papel que ha sido revisado, refundido, reanimado, de cabo a rabo por el orden simbólico” (p.19)

El cuerpo que se desliza en estas formulaciones es el cuerpo que hace Uno, es decir, el que se organiza como una unidad conformada por partes organizadas, que tal como Freud lo indicaba, no existe desde el comienzo. En concordancia, “el yo se construye cuando adviene el Uno. Y ese Uno del cuerpo es producto del orden simbólico, esto es, no lo provee el cuerpo en sí” (Eidelsztein, 2018, p. 46). Cabe aquí aclarar que la dialéctica imaginaria en su relación con lo simbólico, provoca la ilusión de una totalidad que no deja de apoyarse, sin embargo, sobre un desconocimiento estructural respecto de esas trazas que provienen del Otro.

Para abordar la segunda vía propuesta comenzaremos con una cita del Seminario IV *La relación de objeto*, donde encontramos que Lacan (2016) sitúa que:

Todas las relaciones con el cuerpo propio establecidas a través de la relación especular, todas las pertenencias del cuerpo, entran en juego y quedan transformadas por su advenimiento al signifiante. Que los excrementos se conviertan, durante algún tiempo, en objeto preferente del don no ha de sorprendernos” (pp.191-192)

Advertimos que una “pertenencia” del cuerpo, es decir, algo propio, puede adquirir un determinado valor por estar involucrada de una manera especial en la relación con el Otro. Esta aclaración no es sino otra forma de decir que el cuerpo se constituye a partir de los efectos de los significantes, sin embargo, la noción de “pertenencia” nos lleva a precisar el lugar que le corresponde a los objetos en la constitución sexual del cuerpo. Con esto queremos decir que:

Hay una lógica entre ese sujeto que es efecto de las marcas del Otro en el cuerpo y el objeto que es lo que cae por efecto de esas marcas. Para Lacan, a partir del Seminario *La Angustia*, el efecto de la inscripción del signifiante del Otro en el cuerpo es que algo cae de ese cuerpo, que algo queda restado ahí y se pierde en ese

encuentro. Ese resto, ese añico, ese desecho, es la esencia del sujeto. (Leibson, 2018, p.105)

Insistimos en la idea de que por estar el cuerpo sumergido en la dialéctica de los intercambios con el Otro, su estatuto de orgánico e instintual queda -para la lectura analítica de los fenómenos que lo incluyen en su padecimiento- perdido, ya que no se regula por mecanismos biológicos sino por la relación desproporcionada -por estar la sexualidad en juego- con los Otros. Se trata entonces de la inscripción y de los efectos de los significantes sobre el cuerpo, donde no ubicamos al yo sino al sujeto y a la pulsión.

Para profundizar en esta segunda vía propuesta tomaremos una referencia del Seminario XXIII *El sinthome*, donde Lacan (2018) refiere que algunos filósofos ingleses creen con una convicción que la palabra no tiene efecto, siendo que “no piensan que las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir” (p.18) Cabría entonces, para dar con la especificidad del “Cuerpo lacaniano”, ahondar en la pulsión como efecto del decir sobre el cuerpo.

Volviendo sobre la cuestión del objeto, podemos decir que la pulsión es un efecto de la palabra que proviene del Otro y que en su inscripción va recortando objetos a partir de los cuales se va constituyendo el cuerpo. Resaltamos que aquí no nos interesa el cuerpo participando en su totalidad, sino el cuerpo en relación a esos cortes que producen los significantes marcando y haciendo caer a los distintos objetos (a).

No se trata del cuerpo como algo que nos permitiría explicarlo todo mediante una especie de esbozo de la armonía del Umwelt y del Innenwelt, sino que en el cuerpo hay siempre, debido a este compromiso en la dialéctica significativa, algo separado, algo sacrificado, algo inerte, que es la libra de carne. (Lacan, 2019, p.237)

Esta libra de carne Lacan la define a lo largo del Seminario X *La angustia* (2019) como un resto, “esa función de irreductible que sobrevive a la prueba del significante puro” (p.239), que no será más que el objeto perdido sobre el cual girará la pulsión y donde será menester ubicar al sujeto del inconsciente. En el marco del Seminario XI *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (2017) especifica la relación entre este objeto y la pulsión.

La sexualidad, como tal hace acto de presencia, ejerce su actividad propia por intermedio de las pulsiones parciales. (...) Las pulsiones parciales corroboran el movimiento que les tracé en el pizarrón la vez pasada: el movimiento circular del empuje que emana del borde erógeno para retornar a él como a su blanco, después de haber girado en torno a algo que yo llamo el objeto a” (...) [Donde se capta una circularidad] en la que la heterogeneidad entre la ida y la vuelta revela una hiancia en su intervalo (Lacan, 2017, p.201)

Entonces lo específico de la pulsión “es el vaivén con que se estructura” (p.185), donde podremos localizar un recorrido circular sobre el que se ciñe un objeto, pero un objeto que falta -siendo su pérdida explicada sobre la base de un mito-.

Para explicar el surgimiento de ese objeto perdido sobre el cual gira la pulsión Lacan (2017) acude al mito de la “Laminilla”. Aquí leemos que la parte del cuerpo propio que se pierde, “por el hecho de que no es más que un ser viviente sexuado, que ya no es inmortal” (p.213), da lugar a “los objetos a, que, no son más que sus representantes, sus figuras (...) que pueden servir para simbolizar el más recóndito objeto perdido” (p.205).

La laminilla tiene un borde, se inserta en la zona erógena, es decir, en uno de los orificios del cuerpo, en la medida en que estos orificios están vinculados con la abertura-cierre de la hiancia del inconsciente, tal como lo muestra toda nuestra experiencia” (Lacan, 2017,p.207)

La articulación significativa agujerea al cuerpo, donde se ciñe un objeto o varios en distintos niveles. Estos agujeros ponen de relieve la mítica pérdida de la necesidad,

dando lugar a que un objeto, “el órgano irreal de la libido” (p.213) se encarne en relación a ese vacío, es decir, haga cuerpo.

Eidelsztein (2019) menciona que “la pulsión en su articulación con el corte en el cuerpo, implica el órgano perdido que se localiza en un agujero aprovechando la oferta de lo biológico” (p.303). Si bien no podemos eludir que, “del cuerpo biológico, lo que sirve como localización del sujeto inconsciente en el inconsciente es todo aquello que, siendo ofertado por el cuerpo real (real de la especie humana), posea estructura de borde o margen” (p.295), hacemos hincapié en que lo que constituye nuestro interés es el recorrido que la pulsión realiza, siendo éste trazado por la articulación significativa. Este cuerpo, así efectuado, será terreno propicio para la construcción de un síntoma propiamente psicoanalítico por estar enlazado a la estructura de hiancia del inconsciente.

Es necesaria una anudación topológica entre el intervalo del significativo con los bordes del cuerpo, ya que ese corte o traza del cuerpo es efectuado a partir de la acción del significativo, por tanto “no habrá zona erógena propiamente dicha de una pulsión si el resto del intervalo del significativo no se localiza allí” (Eidelsztein, 2019, p.305). Cuestión que cabría interrogar luego respecto de algunas presentaciones actuales: ¿hay allí un sujeto a interrogar?

El cuerpo que va siendo confeccionado por los significantes -provenientes del discurso del Otro- es aquél que se corresponde en sus bordes con el sujeto del inconsciente. Por lo tanto se tratará, en la pulsión, de una localización del sujeto en una manifestación del “eso habla” en una zona erógena, o sea, algún agujero del cuerpo. Lo cual requerirá de una lectura en transferencia, ya que, siguiendo a Eidelsztein (2019), sólo habrá pulsión, desde esta perspectiva, si hay transferencia.

El cuerpo como terreno sexual o pulsional, trazado por la articulación significativa, va a tener diferentes modalidades de presentarse según sea el juego particular de esas marcas. “Esa escritura va marcando y recortando el cuerpo, y también va cosiendo esos recortes, va suturando esos lugares de corte, armando una apariencia de unidad” (Leibson, 2018, p.76). Así como estas marcas derivan en una apariencia de unidad que permite instituir un “yo”, tal como lo situamos en la primera vía, también se encuentran en el fundamento de un posible trabajo analítico, por estar allí la estructura del inconsciente.

III. Sobre una sexualidad a la deriva: “La *angustia*, puerta de entrada”.

A partir de una posible lectura de Freud y Lacan llegamos a dar con los fundamentos del cuerpo que es objeto del discurso analítico. Propusimos que tales fundamentos residen en el entramado del mismo por parte de la sexualidad, lo cual tiene como efecto una desproporción que, calificada de traumática, exige siempre algún modo de tramitación.

En el presente apartado intentaremos dar cuenta de algunas formas que toma este cuerpo tramado por la sexualidad, cuando en ella suponemos que no participa lo inconsciente.

Muy tempranamente, en “Manuscrito G” (2013), leemos que Freud designa un “Esquema sexual” (p.40), sobre el cual analiza la relación entre lo somático, es decir, lo corporal, y lo psíquico. Allí supone una secuencia que va desde la producción de la “tensión sexual somática”, que puede generarse espontáneamente, hasta su ligazón con lo psíquico, donde se convierte en “tensión sexual psíquica”, generando desde ahí un esfuerzo por cancelar esa tensión.

Observamos que Freud (2013) refiere en algunos casos “una sexualidad no desarrollada” (p.240), con la cual da cuenta de algunos fenómenos en donde esa tensión sexual somática no llega a enlazarse psíquicamente. Lo que nos proponemos indagar es cómo puede, bajo qué formas, esta sexualidad que ubicamos en el fundamento, manifestarse prescindiendo de su ligazón con lo psíquico.

Sobre la base de este modelo creemos que Freud va a ir diferenciando entre lo que constituyen los grupos de “neurosis actuales” y “psiconeurosis”. Si se produce algún bloqueo en el pasaje de lo somático a lo psíquico, esa tensión tenderá a resolverse en lo somático sin intervención de lo psíquico, tal es el caso de las neurosis actuales. Si esa tensión llega a lo psíquico pero no puede resolverse, se manifiesta en lo somático pero con la acción de lo psíquico, es el caso de las segundas.

Es importante resaltar que si bien con este modelo se abren dos vías distintas para la presentación de fenómenos que incluyan al cuerpo, en ambos casos se encuentra la sexualidad como causa traumática anteriormente señalada. Tal como menciona Leibson (2018), la diferencia va a estar en que: “En las neuropsicosis de defensa hay un conflicto entre grupos de representaciones, en tanto en las neurosis actuales se trata de un impacto de la sexualidad no mediada por representaciones” (p.48)

Podemos decir entonces que en las “neurosis actuales” se manifiesta lo traumático de la sexualidad prescindiendo de lo psíquico. A continuación, veremos que el arquetipo de esa manifestación fue sostenido a lo largo de la obra de Freud bajo la forma de la angustia.

En “Manuscrito E” (2013), trabajo del 1895, ubicamos que Freud ya tiene claro el íntimo nexo entre la angustia y la sexualidad: “Enseguida tuve en claro que la angustia de mis neuróticos tiene mucho que ver con la sexualidad” (p.229). Donde también situamos que: “la fuente de la angustia no ha de buscarse dentro de lo psíquico. (...) hallé angustia proveniente de una causa sexual” (p.229).

En “Inhibición, síntoma y angustia” (2018), trabajo de 1925, leemos que mantiene la perspectiva de su razonamiento. Allí señala que cuando se perturba el decurso de la excitación sexual, esa que ubicamos que comienza en lo somático: “No es descartable que en caso de abstinencia, de perturbación abusiva del decurso de la excitación sexual, de desviación de esta de su procesamiento psíquico, se genere directamente angustia” (p. 133). Señalamos que tal angustia no es efecto de una represión, sino que podemos

ubicarla como algo lógicamente anterior o independiente de ella. No obstante, queda estrechamente ligada a la sexualidad.

Lo que tratamos de proponer es que para adentrarnos en los llamados “fenómenos actuales”, esos que muestran un sufrimiento en el cuerpo, podemos abrirnos paso por la puerta de la angustia.

Leemos que Freud (2018) le da a la angustia “una nota particular” (p.125). Además de este carácter peculiar difícil de aislar: “Percibimos en la angustia sensaciones corporales más determinadas que referimos a ciertos órganos” (p.125).

Puesto que aquí no nos interesa la fisiología de la angustia, bástenos con destacar algunos representantes [*Repräsentant*] de esas sensaciones: las más frecuentes y nítidas son las que sobrevienen en los órganos de la respiración y en el corazón. (...) En la angustia participan inervaciones motrices, vale decir, procesos de descarga. (Freud, 2018, p. 125)

Este señalamiento nos sirve para destacar dos cosas. En primer lugar, la angustia es algo que siempre parece comprometer de algún modo al cuerpo. En segundo, que tiene representantes, es decir, puede manifestarse de distintos modos.

Entre los fenómenos que se manifiestan en el cuerpo encontramos que Leibson (2018), citando a Freud, ubica ciertos “equivalentes de la angustia” (p.50), en donde estos “pueden por sí mismos reemplazar el desarrollo de angustia” (p.50). Lo que nos indica que la angustia puede ser encubierta por sus equivalentes o representantes.

Si antes señalamos que la sexualidad viene a traumatizar al cuerpo, una forma que ésta encuentra de manifestarse desproporcionadamente es a través de la angustia cuando, en términos económicos, esa energía no se liga a lo psíquico.

Freud (2018) nos advierte que a la angustia que se presenta sin ligazón con lo psíquico cabe designarla como “angustia automática”, la cual se diferencia de la “angustia señal”. Es este tipo de angustia -automática- la que: “se realiza en la etiología de las neurosis actuales” (p.133).

Estos operadores conceptuales entonces nos son de extrema utilidad para considerar a los llamados “ataques de pánico”, “cuadros de ansiedad” y “fenómenos psicosomáticos”. Si bien no pretendemos indagar en criterios diferenciales -tal vez sería lo más oportuno, pero implicaría tres trabajos diferentes- nos parece que a la luz de la angustia podría fundamentarse un posible trabajo desde el psicoanálisis con estas presentaciones que parecen prescindir de la palabra, pero que “hablan” con el cuerpo.

A partir de estos desarrollos creemos conveniente entender a estos fenómenos como modos de expresión de la sexualidad ligados a lo que Freud llamó “neurosis actuales”. Esta sexualidad, que ha de leerse como angustia automática, no ha encontrado otro modo de tramitarse más que en el propio cuerpo. Es por tanto una sexualidad a la deriva, es ese exceso que antes ubicamos y que como tal no ha sido enlazado psíquicamente, o en otras palabras, metaforizado. Dicho esto así, no podemos menos que decir que un trabajo psicoanalítico con estas problemáticas acarrearía numerosas dificultades.

Seguiremos acudiendo a Freud para no entrar nosotros en pánico. Decimos que existen fenómenos en donde leemos un desarrollo de angustia automática sin la implicancia de lo psíquico-inconsciente. Un posible trabajo analítico con estas presentaciones no será sino posibilitar esa ligadura, sobre la cual entendemos que el síntoma puede ser una puerta de salida. Se tratará entonces de construir un síntoma, y en ello, introduciendo el analista algunos interrogantes, la angustia-automática podrá mudarse en angustia-señal. Será una apuesta del trabajo.

Nos vemos entonces compelidos a realizar el siguiente movimiento: de la angustia automática a la angustia señal por intermedio del yo que tiene como función inhibir ese desarrollo. Observamos que Freud (2018) le da al yo el papel de emitir la señal a fin de inhibir el desarrollo de angustia, lo cual puede concluir en la conformación del síntoma.

Vemos que sobre el terreno de estas neurosis actuales se desarrollan con particular facilidad psiconeurosis, así: el yo intenta ahorrarse la angustia, que ha aprendido a mantener en suspenso por un lapso, y a ligarla mediante una formación de síntoma. (Freud, 2018, pp. 133-134)

Entender a los “fenómenos actuales” desde la perspectiva de la angustia, es designar a ésta como causa de un posible trabajo. La angustia, que se manifiesta como automática, sin ligadura psíquica, puede justificar un posible trabajo psicoanalítico en la medida en que está estrechamente vinculada con el efecto de la sexualidad -tal como la hemos desarrollado en apartados anteriores- sobre el cuerpo. A partir de allí, bajo las condiciones de la transferencia, podrá motorizar la constitución de un síntoma.

Eidelsztein (2018), nos ofrece un puntilloso recorrido en Lacan sobre los “fenómenos psicósomáticos” que nos es de gran utilidad para reflexionar en torno de nuestra idea. Lo que el autor propone, luego de recorrer numerosas y extensas citas, es que en lo que respecta a los fenómenos psicósomáticos se trata de una inscripción directa del significante sobre el cuerpo, sin composición dialéctica, donde no operaría “el Otro significante” (p.289). Esto conlleva, para el autor, a ubicar a estos modos de respuesta del lado de la psicosis. Por otra parte, lo que también sostiene, es que no podría haber interpretación analítica porque allí no opera la articulación significativa y por tanto no hay desvanecimiento del sujeto sino presencia de lesión corporal.

Si bien compartimos la idea de que hay cierta inscripción directa del significante en tanto lo que comprobamos con Freud es que se trata de una angustia que se liga a lo traumático de la sexualidad -que proviene del significante tal como lo desarrollamos con anterioridad- sin elaboración, no creemos que no haya posibilidad de interpretación. Claro está que para que haya interpretación tiene que haber institución de la transferencia y puesta en forma del síntoma, es decir, que eso que se presenta como fenómeno tiene que devenir en síntoma. Es nuestra apuesta.

Nos parece oportuno, antes de finalizar, señalar que no nos interesa en este recorrido hacer un distingo estructural que ubique a lo que llamamos como “fenómenos actuales” dentro de la psicosis o neurosis. Tal puede ser un diagnóstico que se construya en transferencia según se lea esa particular posición enunciativa.

IV. Sobre una metáfora de la sexualidad : “El *síntoma*: puerta de salida”

En nuestra lectura propusimos que las presentaciones actuales pueden ser entendidas como manifestaciones de angustia que, bajo distintas apariencias, encubren el -mítico- encuentro traumático con la sexualidad. Por tratarse del cuerpo tramado por la sexualidad, tal como fuimos desarrollando, proponemos un posible trabajo desde el psicoanálisis, tal es la razón de este escrito.

La idea que dejamos vislumbrar y que intentaremos ahora recoger es que la sexualidad -siempre traumática- que no ha sido ligada psíquicamente, se presenta actualmente bajo distintos nombres: fenómeno psicosomático, ataque de pánico, ansiedad. Todos ellos, con un carácter aparentemente extraterritorial respecto del psicoanálisis. Por ello, más que indagar en las descripciones fenomenológicas de cada cuadro -no nos dice nada de un sujeto-, nos propusimos desarrollar ciertas coordenadas que nos sirvan de fundamento para un trabajo desde el psicoanálisis.

Habiendo ya desarrollado lo que entendemos por angustia, nos es necesario adentrarnos en el síntoma, ya que entendemos que este será el modo en que esa sexualidad podrá ser ligada.

En palabras de Ritvo (2014), “es trivial reconocer que el síntoma se dice de varias maneras” (p.19). Con esto queremos decir que tanto en la obra de Freud como en la de Lacan, y más precisamente en el segundo, podemos encontrar expresiones hasta contradictorias del mismo. Por lo tanto, no se trata para nosotros de ir descifrando cada afirmación sobre el síntoma para dar con la verdadera, sino de verificar cuál es la más pertinente para trabajar nuestra idea.

Si bien con algunas variaciones y con diferentes modos de expresarlo, podemos encontrar en la obra de Freud dos ejes transversales sobre el síntoma. Por una parte: “El síntoma es rico en sentido y se entrama con el vivenciar del enfermo” (Freud, 2007, p.235), y por otra es “el resultado de un conflicto que se libra en torno de una nueva modalidad de la satisfacción pulsional” (p.326). Entonces, a nuestro entendimiento, todo síntoma para el psicoanálisis tiene sentido, a modo de mensaje cifrado y también comporta un modo de satisfacción pulsional.

Si decimos que en los fenómenos actuales no hay síntoma sino desarrollo de angustia, consecuentemente sostendremos que tampoco se juega allí la dimensión del sentido oculto, es decir, la institución de la Otra escena, ni el alcance de la satisfacción pulsional. Más bien ubicamos allí una sexualidad a la deriva, que se descarga automáticamente. Será necesario dar un paso para que esa angustia -deviniendo señal- se encauce hacia el síntoma, donde la escena transferencial será condición de posibilidad.

Schejtman (2019) nos ofrece en su lectura un diagrama sobre el síntoma en Lacan que nos resulta muy esclarecedor a los fines de nuestro recorrido. Al igual que lo habíamos mencionado, también este autor sostiene que a lo largo de la enseñanza de Lacan aparecen distintas versiones del síntoma. Como lo que resulta de nuestro interés se refiere a aquellos síntoma que tienen que ver con el cuerpo, siendo el cuerpo de la histeria el modelo princeps, extraemos de dicho texto la puesta en forma del síntoma como una metáfora.

Para esclarecer nuestra idea la pluma del autor nos remite a una cita de “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”:

Entre el significante enigmático del trauma sexual y el término al que viene a sustituirse en una cadena significativa actual, pasa la chispa, que fija en un síntoma -metáfora donde la carne o bien la función están tomadas como elementos significantes- la significación inaccesible para el sujeto consciente en la que puede resolverse” (Lacan, 2017, p. 498)

Antes que nada, nos vemos obligados a resaltar ese “significante enigmático del trauma sexual”, ya que en concordancia con nuestro planteamiento, nos dice sobre el impacto de la sexualidad, vía el significante, sobre el cuerpo o más específicamente la carne.

Siguiendo con este párrafo y respecto a la diferencia que intentamos situar desde Freud entre la histeria y los fenómenos o neurosis actuales, quizás la cuestión radique en la fijación o no de ese trauma sexual en un síntoma. Es decir, si hay una erogenidad sin metáfora obtendremos la angustia -automática-, y si encontramos una metáfora de la erogenidad, vía la angustia -señal- devendrá el síntoma.

Un síntoma puede ser entendido como una metáfora porque como dice la cita hay una operación de sustitución de un significante -en este caso un significante que soportaría cierta dimensión traumática de la sexualidad- por una cadena significativa, que como tal sabemos se encuentra en el lugar del Otro. Entendemos que este podría ser un pequeño esquema que permitiría leer al sujeto representado en el discurso de la histeria, donde freudianamente leemos un conflicto con la sexualidad por algún significado que proviene del Otro [s(A)]. Se imprime entonces en el cuerpo un síntoma como texto a ser leído; donde de alguna forma ese síntoma “se hace cargo” de la sexualidad.

El síntoma como metáfora de la sexualidad posibilita articular la dimensión de lo pulsional, y trabajar en torno a ella. Sin la dimensión del síntoma, tal como vimos en las presentaciones actuales, ésta se manifiesta como angustia sin sentido puesto en juego.

Freud (2019) indica que el síntoma se engendra cuando se reprime una moción pulsional, siendo éste un sustituto de su satisfacción. Lo que nos deja como “ganancia” el establecimiento del síntoma es poder realizar una lectura que tienda a modificar las condiciones de satisfacción en donde, valga la redundancia, esa pulsión se ha fijado: en el caso de la histeria, en una parte del propio cuerpo.

Con esto no queremos decir que el paciente debe hablar del síntoma, lo cual podría sugerir un agregado permanente de sentido que tienda a alimentarlo. Más bien proponemos hacer hablar al síntoma (Faccendini, 2018), en tanto la escena transferencial -y la posición del analista- posibilite la suposición de una causa que exceda la dimensión de lo orgánico. Esa causa -también podría leerse como “ese trauma”- posibilitaría un trabajo con el sujeto en tanto esté vinculada a la historia de sus relaciones con los Otros: allí ubicamos el establecimiento de la Otra escena como recubrimiento fantasmático o de la fantasía que da lugar al síntoma.

Lo pulsional, como efecto del decir sobre el cuerpo, podrá ser trabajado y re-direccionado a partir de la construcción del síntoma. Esto será un paso decisivo en el trabajo con las presentaciones actuales en donde, más allá o más acá de lo que dejan ver, se tratará de posibilitar los interrogantes que permitan un trabajo con ese texto que traza el cuerpo. De esta manera el síntoma nos revela la puerta de salida... hacia el inicio de un psicoanálisis.

Conclusión

Partimos con la histeria del discurso que Freud inició, el del psicoanálisis, para especificar y delimitar el cuerpo que es asunto de nuestra práctica. El “cuerpo freudiano” nos mostró que la vía del síntoma era la que más se acercaba para establecer las bases de nuestros interrogantes: ¿son los llamados fenómenos actuales una nueva forma de la histeria? Con Freud, concluimos que el cuerpo es afectado traumáticamente, pero lejos de connotaciones negativas, este trauma sexual posee efectos constitutivos, son las marcas o trazas estructurales que, enlazadas a las fantasías, podrán o no retornar como síntomas.

En nuestro recorrido propusimos que “el cuerpo”, en singular, tiene diferentes maneras de presentarse. Tomando esta consideración, y rescatando la lógica del uno por uno que el psicoanálisis nos enseña, sería más apropiado referirnos a “los cuerpos”, dada la pluralidad de manifestaciones. Sin embargo, para hacer posibles estas lecturas clínicas de la singularidad, siempre es necesario contar con un marco conceptual de herramienta. Tal ha sido el intento de nuestro trabajo.

Con las formulaciones de Lacan nos propusimos regresar al cuerpo que había sido leído por Freud, aquel cuerpo que presentaba síntomas histéricos pero que sin embargo no se agotaba ahí. Dicho regreso fue un volver hacia adelante, ya que, indagando -con el uso de los registros- sobre los conceptos de pulsión, lenguaje, objeto, sujeto, pudimos arrojar algo de luz sobre las opacas relaciones entre el síntoma y el cuerpo. Es así que el “Cuerpo lacaniano”, nos permitió establecer las articulaciones necesarias para arribar al tercer y cuarto apartado.

Una vez realizado el recorrido de los aportes de Freud y Lacan en torno al cuerpo, pudimos precisar algo más sobre los fenómenos actuales. Bajo la brújula de la angustia, los ubicamos en un lugar distinto respecto de los síntomas histéricos, donde nos fue de gran utilidad la nosología freudiana que diferencia psiconeurosis de neurosis actuales. En los últimos dos apartados concluimos que la diferencia se encuentra en las posibilidades de metaforización de eso que hemos dado a llamar como trauma sexual, donde en el mejor de los casos el resultado de esa sustitución es la producción de un síntoma. Sin embargo, pretendemos dar un paso más.

Para concluir vamos a proponer un pasaje entre el cuerpo que llega a una consulta, que bien podría ser aquél que es aquejado de un “fenómeno actual”, y el cuerpo que entra en un análisis bajo la vía del síntoma. No es un pasaje que se dé sólo, por sí mismo, sino que allí interviene tanto la transferencia como la función del analista.

Un cuerpo que llega con una dolencia, dificultad o lesión se ofrece a la mirada, convocando desde allí a la lectura por el signo. Aquí observamos que si bien se habla del cuerpo, de lo que le pasa, esa palabra “no dice”, no comporta valor de verdad, sino que comunica algo a otro -el cual mediante los signos que se presentan podría armar un cuadro-. Pero un analista no se deja llevar por ese “instante de ver” (Lacan, 2017), sino que posibilita algún tiempo para comprender.

De aquí se desprende una diferencia: no es lo mismo hablar del cuerpo a que el cuerpo hable. Haciendo nuestras las palabras de Lacan (2017), se trata entonces de “hacerlo hablar”. Para que ello acontezca, hace falta no alguien que escuche, sino alguien

que vaya leyendo y construyendo en lo que escucha, cuestión que posibilitará pensar en la implicancia del analista en el armado de un síntoma.

El síntoma, como fenómeno de lenguaje, es lo que comporta un sentido y una paradójica satisfacción, por lo cual deviene analizable. Pero esto no es algo que venga dado sino que será algo a construir, en transferencia.

Cuando decimos que el síntoma se construye entendemos que desviamos la problemática del lado del analizante para situarla más bien como apuesta y perspectiva de trabajo. Es decir, si el síntoma -de acuerdo a como lo entendemos- sería algo que alguien trae, cuando eso no ocurre habría que suponer una “falta de simbolización” o algo similar en el paciente, que de acuerdo a nuestro desarrollo podría ser una intuición acertada, pero desligaría al analista de su función.

Lo que queremos decir es que si en los “fenómenos actuales” suponemos a priori una falta de metaforización, ¿no sería pertinente propiciar un lugar para que algo de esto se conforme? Por lo tanto, proponemos hacer hincapié en la función del analista como aquél que lee y que posibilita la construcción de un texto-síntoma. Entonces el psicoanalista no sólo analiza, sino que construye el material sobre el cual analizar, para lo cual entendemos como indispensable cierto despliegue de la articulación significativa.

Lejos de mandatos superyoicos, conviene resaltar la palabra “apuesta”, la cual quiere decir que el analista pone su parte en el juego, está implicado -no narcisísticamente- porque interviene, porque pregunta, y en ello está dispuesto a que esa construcción no siempre se logre.

Si Lacan (2017) considera que el fundamento del psicoanálisis como “praxis” es la posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico, nos vemos en nuestro derecho cuando proponemos que la vía del síntoma -como metáfora, como simbólico- es la vía regia para tratar a esa sexualidad -real, en tanto traumática- que afecta al cuerpo de diferentes maneras.

Como ya lo habíamos mencionado, construir el síntoma es introducir algunos interrogantes que abran a la dimensión -despliegue significativo- de la fantasía o de las distintas escenas fantasmáticas que son soporte de lo que se ha cristalizado de alguna manera en el cuerpo. Son las fantasías las que le darán cuerpo a la palabra y harán de aquél, bajo la forma del síntoma, algo analizable.

Entonces, cuando las palabras toman cuerpo el texto encriptado se hace legible. Se tratará, recogiendo el gran gesto de Freud que inaugura el psicoanálisis, de hacer posibles esas marcas.

Referencias bibliográficas

- Allouch, J. (1984) "Freud y después Lacan". Disponible en [https://www.lacanerafreudiana.com.ar/6.1.1.Freud_y_despues_Lacan.JeanAllouch.Edit Edelp.pdf](https://www.lacanerafreudiana.com.ar/6.1.1.Freud_y_despues_Lacan.JeanAllouch.Edit%20Edelp.pdf)
- Eidelsztein, A. (2018) "Crítica de la estructura espacial y visual de la realidad" en *La Topología en la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Eidelsztein, A (2018) "La respuesta psicosomática" en *Las estructuras clínicas a partir de Lacan Vol. I*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Lacan, J (2009) "El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica" en *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J (2017) "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud" en *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI..
- Lacan, J (2008) "La significación del falo" en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J (2006) "Lugar, origen y fin de mi enseñanza" en *Mi enseñanza*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan J. (1995) "Los dos narcisismos" Clase 10 del 24 de marzo de 1954 en Seminario 1 *Los escritos técnicos de Freud*. Versión crítica de Rodríguez Ponte. Disponible en <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/03%20Seminario%201.pdf>.
- Lacan, J. (2020) "Introducción al *Entwurf*" en El Seminario II: *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2017) "Introducción a la cuestión de las Psicosis" en El Seminario III: *Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J (2016) "El falo y la madre insaciable" cap. IX en El Seminario IV: *La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J (2019) "La angustia, signo del deseo" en El Seminario X: *La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2017) El Seminario XI: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2018) "Del uso lógico del sinthome, o Freud con Joyce" en El Seminario XXIII: *El Sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- Leibson, L. (2018) *La máquina imperfecta: ensayos del cuerpo en psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Faccendini, J. (2018) *Una clínica del grafo del deseo*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Faccendini, J. (2021) "El síntoma psicoanalítico"; Seminario dictado en la cátedra de Psicoanálisis II ; Facultad de Psicología -UNR-; Rosario. Puede recuperarse: <https://psicoanalisis2fpunr.blogspot.com/>
- Foucault, M. (2002) "La resonancia de los suplicios" en *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freud, S. (2013) "Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas" en *Obras Completas, Vol. I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2013) "Carta 69" en *Obras Completas, Vol. I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1991) "La etiología de la histeria" en *Obras Completas, Vol. III*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2015) "Tres ensayos de teoría sexual" en *Obras Completas, Vol. VII*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (2015) "Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis" en *Obras Completas, Vol. VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000) "Introducción del narcisismo" en *Obras Completas, Vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000) "Pulsiones y destinos de pulsión" en *Obras Completas, Vol. XIV*: Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2018) "Presentación autobiográfica" en *Obras Completas, Vol. XX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2018) "Inhibición, síntoma y angustia" en *Obras Completas, Vol. XX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Nasio, J.D. (1991) *El dolor de la histeria*. Buenos Aires: Paidós.
- OMS (2020) "Las personas viven más tiempo y con mejor estado de salud". Disponible en:
<https://www.who.int/es/news/item/13-05-2020-people-living-longer-and-healthier-lives-but-covid-19-threatens-to-throw-progress-off-track>
- Peusner, P (2019) *Autoridad y desproporción sexual*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Ritvo, J.B (2014) *El síntoma: estructura de la formación o formación de la estructura*. Rosario: Colectora.
- Schejtman, F. (2019) *Sinthome: Ensayos de clínica psicoanalítica nodal*. Buenos Aires: Grama.